

En los 25 años de la CLAR

VIDA RELIGIOSA EN AMERICA LATINA

Luis Ugalde

¿OPUESTOS A LA MARCHA DE LA CIVILIZACION?

El 5 de mayo de 1874 entraba en vigencia el Decreto de Supresión de la Vida Religiosa aprobado por el Congreso servil al presidente Guzmán Blanco. Con él se eliminaron los pocos conventos de religiosas que había en Venezuela. Sus bienes pasaron a propiedad de la Nación venezolana. La vida religiosa masculina había sido ahogada medio siglo antes. El "Ilustre Americano" y sus "ilustrados" congresantes creían estar haciendo labor de patria y de humanidad, pues según ellos la vida religiosa iba contra "los principios de libertad e igualdad", contra "la soberanía nacional" y contra "la condición humana, física y moralmente, pues no sólo atacaba la existencia, sino que destruía la libertad racional de variar de ideas..." Los humanitarios congresantes consideraban que la Vida Religiosa se oponía "a la marcha de la civilización". Más aún, Guzmán Blanco afirmaba hacer un acto religioso con esta supresión. María Teresa de Castro Ibarra, abadesa del Convento de la Concepción y parienta de la esposa de Guzmán le pidió que a las religiosas de su convento, ya entradas en años, les permitiera vivir juntas en una casa por el resto de sus días. El Presidente lo niega y la invita a considerar el alto valor religioso de esta negativa: "Ustedes han servido a Dios según las ideas, las leyes y las costumbres de su tiempo, y yo sirvo al mismo Dios, conforme a las ideas, leyes y costumbres del mío. La intención parte de la misma sana conciencia: el porvenir recogerá el benéfico resultado de una y otra época, y nuestro Dios de toda perfección, nos premiará debidamente" (Citado por González Guinan, Francisco: Historia Contemporánea de Venezuela Tomo X. pag. 311). Decretos similares se dieron en casi todos los países de América Latina.

Hoy Guzmán Blanco y sus ideas parecen haber perdido su vigencia. En cambio en Venezuela hay 5.500 religiosas y religiosos de 160 congregaciones distintas.

Entonces se les acusaba de parásitos de la sociedad. Hoy no es rara la acusación de comunistas o de ser gente que olvidando a Dios se ha vuelto a servir al hermano más necesitado. Unos dé mala

fe, pues la evolución de la vida religiosa va hacia la deslegitimación religiosa del orden social injusto que ellos usufructúan, y otros con perplejidad y escaso conocimiento de lo que está pasando se interrogan sobre el sentido de las numerosas congregaciones con nombres singulares, hábitos varicopintos o vestidos de calle que parecen apostar con decisión a favor de la vida de las mayorías en nuestro crucificado Continente.

Actualmente la Vida Religiosa en toda América Latina es una de las fuerzas renovadoras espirituales más formidables. En primer lugar se trata de la fuerza más numérica: los religiosos y religiosas representan el 80 por ciento de la pastoral de la Iglesia Católica en nuestro Continente. Son más de 150.000 mujeres y hombres consagrados de lleno a Dios en el servicio liberador de sus hermanos a los que deben evangelizar integralmente y por los que se deben dejar evangelizar.

Este formidable ejército sin armas, inició sus primeros pasos de coordinación en 1959 con la creación de la Confederación Latinoamericana de Religiosos (CLAR). Este año celebramos los 25 años del inicio de una fecunda iniciativa. La Confederación se creó por voluntad de la Santa Sede como un paso más en el empeño de coordinación y de vigorización de la Iglesia Católica en América Latina.

NACIMIENTO DE LA CLAR

Aunque en la lucha por la independencia estuvieron presentes muchos católicos y hasta clérigos, las nacientes repúblicas latinoamericanas vivieron un largo proceso de malentendidos y de luchas con la Iglesia católica y sus formas particulares de presencia social heredadas de la Colonia y a las que se aferraba creyéndolas eternas y no contingentes.

El sencillo pueblo creyente padeció, sin entenderlo mucho un siglo de desgaste y de tensiones entre la dirigencia civil y la dirigencia católica eclesial. La lucha hizo que la dirección de la Iglesia fuera conservadora y aferrada al pasado. Las tensiones afectaron fuertemente a la vida religiosa hasta el punto de que en Venezuela ésta llegó a ser eliminada completamente.

En la primera mitad de nuestro si-

glo la Iglesia católica vive 50 años de recuperación institucional y de mayor reconocimiento de parte de los poderes públicos. Por eso la década de los cincuenta aparece como de fortalecimiento y hasta de cierta inflación y de grandiosismo de las instituciones eclesísticas. Este momento coincidió con el fugaz optimismo desarrollista (siempre recurrente) de muchos gobiernos en esos años. Al cabo de ese caminar al encuentro de las autoridades civiles y del sistema liberal reinante en política, economía y pensamiento a base de concesiones y reconocimientos mutuos quedaba una pregunta en el aire: ¿Pero ha salido la dirigencia católica al encuentro de su pueblo creyente en la integralidad de sus aspiraciones más profundas y queridas por Dios? ¿No será, —más allá de lo consciente— el encuentro entre la dirigencia civil y la dirigencia eclesial una alianza de miedos al pueblo mismo al que deben servir, pero cuyo crecimiento cualitativo exige profundas renunciaciones de ellos? La pregunta no tiene ninguna malicia. Es la historia la que en otras latitudes nos hace ver semejantes alianzas. Recordemos la Francia de 1848 donde el temor a las justas aspiraciones populares llevó a la burguesía anticlerical y a la clerecía antiburguesa a fusionarse en el "Gran Partido del Orden". Mencionemos también al Bismarck del "Kulturkampf" que, por miedo al incontenible ímpetu popular de la socialdemocracia, se reconcilia con sus perseguidos los católicos que comparten miedos similares.

En la década de los cincuenta la Iglesia católica impulsa desde el Vaticano iniciativas de unión y de organización. En 1955 se tiene en Río de Janeiro la 1a. Asamblea del Episcopado Latinoamericano. En ella se crea el CELAM (Consejo Episcopal Latinoamericano), como algo nuevo en la Iglesia. El va a trazar un camino original e inspirador para toda la Iglesia en las asambleas postconciliares de Medellín (1968) y de Puebla (1979).

En los comienzos del CELAM los obispos se encuentran con que la mayor fuerza apostólica organizada de nuestro continente —la vida religiosa— está compartamentalizada en numerosas congregaciones religiosas con poca relación entre sí y con el clero diocesano o secular.

La Santa Sede empieza a impulsar la creación de Conferencias nacionales de religiosos/as. El CELAM señala la necesidad de una Confederación que abarque a toda la vida religiosa en América Latina y, en el Vaticano, la Congregación de Religiosos/“creyendo hacer una cosa grata al CELAM y útil no sólo a los Institutos Religiosos sino a toda la Iglesia”, crea la Confederación Latinoamericana de Religiosos (CLAR). Aparecen como sus fines principales: a) “ayudarse entre sí los religiosos”, y b) “ofrecer al CELAM, según sus deseos e indicaciones, una colaboración organizada y completa”. A la CLAR se le asigna un servicio de animación y de coordinación de la vida religiosa en nuestra América hispana. Ella carece de autoridad jurídica sobre las diversas comunidades y congregaciones religiosas. Su vocación es netamente inspiradora.

Los primeros años son de balbuceos y de definición de la propia identidad.

BUSQUEDA DE DEFINICION RENOVADORA

Lanzado por el gran impulso renovador del Concilio Vaticano II (éste terminó en 1965), la CLAR entra en la etapa de despegue y de camino propiamente latinoamericano. Sus directivos --reunidos en México en 1966 en su Tercera Asamblea-- aprueban el documento que significativamente se llama “Renovación y adaptación de la vida religiosa en América Latina y su proyección apostólica”. Así se emprendía el camino, aunque entonces era insospechable hasta dónde iba a llegar esta renovación pedida por el Concilio y asumida positivamente por esta Asamblea. Pero ciertamente desde el principio está orientada por un contenido religioso propio del Concilio y del Evangelio, que impedirá repetir en América Latina la triste historia de la Europa Católica del siglo XIX. Nuestra historia no va a ser regida por espíritu de temor, sino de esperanza. Por eso aquí la dirección de la Iglesia, con todas las tensiones y contradicciones que conocemos, trata de ir al encuentro de su pueblo creyente y no del decadente “antiguo régimen” que subordina a Dios a sus intereses políticos y económicos.

En ese momento el Continente vivía un profundo proceso de cambio socio-político. La Revolución cubana, al comienzo de los sesenta se levantaba como una bandera desafiante del Imperio americano en sus propias narices. Y parecía consolidarse. EE.UU.



en rápida reacción había combinado la lucha antisubversiva con el respaldo a políticos de cambios dentro del sistema mediante el apoyo a partidos de corte reformista, socialdemócratas y demócratacristianos. La Alianza para el Progreso era también en 1961 para muchos un símbolo de esperanza. En 1966 empezaban de nuevo a frustrarse ambas ilusiones: ni las esperanzas de la Revolución Cubana avanzaban a lo largo de la Cordillera Andina, ni la Alianza para el Progreso, tras cinco años de promesas, tenía nada que ofrecer. El Imperio volvía con la bota militar, la tortura y la política de “seguridad nacional” a suplantar las ilusiones reformistas democráticas cuando éstas pretendían llegar al meollo de los cambios sociales: Brasil, Argentina, Bolivia, Uruguay, Perú, Chile, Ecuador... caerán uno tras otro en el sur.

Todavía en los tiempos del Concilio en la Iglesia latinoamericana había poca tradición de análisis de la realidad con ayuda científica y poca seguridad para decir una voz propia. La gente eclesial más avanzada estaba esperanzadamente abierta a todas las fórmulas de reforma: cooperativas, promoción popular, desarrollo de la comunidad, reformas agrarias... que contaban con la bendición y el apoyo del Imperio y con el respaldo intelectual de organismos como la CEPAL (Comisión Económica para América Latina). El anticomunismo era total y obvio entre los cristianos. En 1964 la Santa Sede insiste en que la CLAR debe impulsar la renovación y adaptación de la vida religiosa en conformidad con el Concilio. En abril de

1965 —todavía en pleno Concilio— la Junta Directiva de la CLAR decide realizar un “estudio amplio y profundo”. Buscan una vida religiosa

- “auténtica en sus exigencias de consagración y testimonio”;
- “apostólica, por su integración en un servicio eclesial”;
- “fecunda, por su atractivo para las nuevas generaciones”.

Este estudio, adelantado por expertos, sirvió de base al documento que se elaboró en la Asamblea General de la CLAR en México en diciembre de 1966 sobre “Renovación y adaptación de la vida religiosa en América Latina y su proyección apostólica” (Cfr. Colección CLAR No. 1, 4a. edic. Bogotá 1970).

En ese mismo año de 1966 el CELAM, reunido en Mar del Plata, había adaptado los análisis socioeconómicos de CEPAL como base de sus reflexiones pastorales. Todavía no aparece la inspiración más radicalmente renovadora de los documentos de Medellín. Estos se elaboran dos años después.

AL ENCUENTRO DEL EVANGELIO EN LA RECONCILIACION CON EL PUEBLO

El mencionado documento de la CLAR resulta un buen programa o enunciado de tareas renovadoras y de ideales de la vida religiosa sin mayor especificidad latinoamericana excepto la referencia —todavía un poco externa— a la urgencia de los problemas que agobian a las mayorías populares y constituyen responsabilidad inseparable de la vocación cristiana. Pero anima a iniciar

caminos que después van a dar frutos abundantes. Y este camino se va a iniciar con un elemento clave en la renovación del cristianismo y de la vida religiosa por tratarse del signo fundamental del Dios cristiano y de su Hijo, Jesús de Nazaret: "los pobres son evangelizados".

Dice el documento definitorio al que nos estamos refiriendo:

"Frente a la segregación social y cultural entre ricos y pobres, que se convierte cada vez más en oposición, hay que recordar que el religioso debe ser el portador de la 'Buena Nueva' a los pobres (no nos referimos exclusivamente a la pobreza como carencia económica), porque la característica de la venida del Reino es: 'los pobres son evangelizados' (Mat. 11,5). Esto supone una definición personal muy clara frente al pobre, tal como existe en la sociedad económica actual. Han de dedicar los religiosos una atención pastoral preferente a los pobres, haciéndose solidarios con ellos, con sus problemas, con sus luchas y con sus compromisos, según las normas pontificias y episcopales, en el sentido evangélico de la auténtica justicia del Reino. Sólo de esta manera se puede estar presente en el mundo de los pobres, tener una asimilación real de sus valores y adecuar en consecuencia su género de vida a la de ellos. Los religiosos deberían, por lo tanto "encarnarse" en el mundo de los pobres" (Doc. Cit. p. 34)

Todavía aquí no hay nada nuevo ni específicamente latinoamericano. Este es el abecedario del cristianismo y de la vida religiosa. Lo específico no es el enunciado sino el hecho de que este camino de renovación trazado hace 18 años se va recorriendo efectivamente y de manera creciente aguijoneados y enseñados por el pueblo creyente y oprimido de América Latina. Lo novedoso es que la CLAR ha sido consecuente con esta línea eclesial sin arrepentirse, ni entrar a negociar, ni dejarse amedrentar, sino manteniéndose firme en el estímulo y la reflexión de todo lo que la vida religiosa ha ido encontrando en su caminar. También la luz de los mártires. No son nuevas ideas teológicas. Es una nueva praxis, nuevas experiencias reflexionadas y discernidas lo que se pedía. Así "a través de esa reflexión y de esa experiencia se llegará a actualizar en el contexto actual de la vida de la Iglesia la experiencia original y la inspiración del fundador". En 1966 se decía que "se llegará a actualizar" y hoy podemos decir que amplios sectores de la vida religiosa ya "van llegando" a esa actualización de la inspiración del Fundador.

No se trata solamente de entrar y de vivir con los pobres, sino de "colaborar activamente en la transformación de las estructuras". Porque ya entonces los religiosos se sentían "dentro de una estructura que agrava cada vez más la situación" y ello les hacía ver que "las comunidades religiosas deben dar testimonio colectivo de pobreza y de efectiva comunidad de bienes en que se da a cada uno según sus necesidades". Se señalaban críticamente los cambios necesarios también en las estructuras y mentalidades de la propia vida religiosa que con frecuencia no transparentan el espíritu evangélico y "como consecuencia de todo esto, en la mente del pueblo estamos catalogados entre la clase pudiente y se nos compromete con los sectores que por sus sistemas de organización económica, oprimen de alguna manera al pueblo" (Doc. Cit. p. 38, 39). Concluyen afirmando que "todo esto exige una profunda remodelación de las comunidades religiosas en A.L. y un cambio de mentalidad".

Lo que a muchos críticos de este proceso eclesial les cuesta entender es que el mismo no es meramente un cambio sociológico sino un verdadero camino de conversión espiritual en el que se reencuentra al Dios de Moisés, de los Salmos, de los Profetas al Dios, Padre de Jesucristo... Dios que claramente se contraponen —aunque nominalmente sea el mismo en boca de los hombres— al dios del dinero y del poder que legitima al que explota al oprimido. El camino que venimos señalando es camino de oración y de encuentro con Dios al pasar de la sumisión a los ídolos a la conversión al hermano más necesitado. Es Dios mismo y su identidad en nuestra historia lo que está en juego en este debate de la "teología de la liberación", como ha reconocido el reciente documento de la Congregación de la Fe. Y la identidad de Dios en la Historia se juega en la identidad de la actuación de los que se proclaman sus hijos. Se trata de ser seguidores de Jesús recorriendo su camino hoy.

Todo un programa de renovación para hacer más presente y más significativo el amor de Dios y del prójimo al cual se consagra el religioso:

"Por lo tanto, conviene que los religiosos en sus criterios y en su vida práctica aprecien la caridad por encima de todas las virtudes y la pongan como principio y fin de todas sus actividades ascéticas y apostólicas" (Doc. Cit. p. 9).

Como todo camino nuevo, éste se ha recorrido con tensiones, dudas, con-

flictos y errores. Los peligros son numerosos. Algunos provenientes de la naturaleza misma de este proceso de encuentro con el pueblo. Otros, provenientes de problemas distintos que afectan a la vida religiosa y que han irrumpido simultáneamente después del Concilio. Por ejemplo ciertas tendencias europeas a la secularización y a diluir la vida religiosa en la "racionalidad" y el confort pequeño burgués de la vida moderna. Justamente un serio compromiso de conversión y de encuentro con el pueblo es el mejor antídoto de este peligro como se ha ido viendo a medida que avanza el proceso. La CLAR ha sido constante y tenaz en la animación de este caminar liberador cristiano hasta llegar a ser envuelta en las acusaciones que también han caído sobre cardenales, obispos, teólogos y comunidades cristianas en general... Acusación de infiltración comunista.

Tenacidad y constancia. Cientos de cursos, seminarios, encuentros ha animado la CLAR. Sus excelentes publicaciones de la colección "Teología de la Vida Religiosa en América Latina" han llegado ya a 53 números. Y este caminar cristiano en América Latina va siendo luz para los cristianos del Tercer Mundo de Asia y de África insertos en procesos similares de opresión y de ansia de liberación de las mayorías. Incluso comunidades cristianas "mejor equipadas" en



las viejas cristiandades europeas han recibido como brisa refrescante y reorientadora este soplo del Espíritu que se levanta cuando nos dejamos evangelizar por el pobre y tratamos de convertirnos en buenos samaritanos en solidaridad con el necesitado.

Pero también los religiosos viven —y éste es un signo de Dios— aquella tentación y confirmación del profeta Jeremías cuando se sentía signo de contradicción para sus anteriores amigos cada vez que hablaba en nombre de Yahvé: "Yo oía a mis adversarios que decían contra mí: ¿Cuándo, por fin, lo denunciarán? Ahora me observan los que antes me saludaban, esperando que yo tropezara para desquitarse de mí" (Jer. 20, 10) Y no está lejos el deseo de acomodarse y silenciar la voz de Dios: "Por eso decidí no recordar más a Yahvé ni hablar más de parte de él" (Jer. 20,9).

Sin embargo, al igual que el profeta, son muchos los que, aunque quisieran paz y tranquilidad, ser alabados y acogidos de nuevo entre los de buena fama, experimentan con Jeremías: "Pero sentí en mí algo así como un fuego ardiente aprisionado en mis huesos, y aunque yo trataba de apagarlo, no podía" (Jer. 20,9).

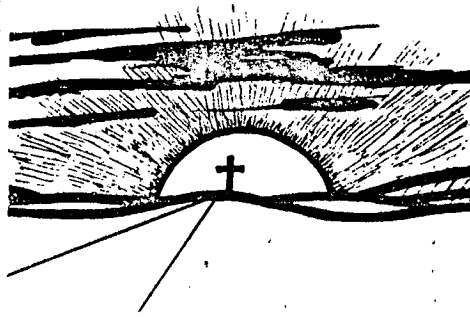
Por eso continúan su labor, descansando en Dios: "Yahvé, Señor, tus ojos están pendientes del hombre justo. Tú conoces las conciencias y los corazones, haz que vea cómo te harás justicia, porque a ti he confiado mi defensa" (Jer. 20,12). Confiar a Dios la defensa propia y asumir la defensa de sus hijos es el camino de la Iglesia latinoamericana hoy. También el de la CLAR.

Este camino no es lineal y sin sorpresas. Se va cambiando, profundizando, aprendiendo, despojándose. Largo camino de conversión del gran pecado del "cristiano" continente latinoamericano.

AL CUMPLIR LOS 25 AÑOS

En abril de este año se reunía La Junta Directiva de la CLAR (Confederación cuya Directiva está constituida por los presidentes de las 25 Conferencias Nacionales de religiosos y religiosas organizadas en América Latina) muy significativamente entre el sufrido pueblo del Nordeste brasileño, en la ciudad de Fortaleza, diócesis del Cardenal Dom Aloisio Lorscheider quien como presidente del CELAM dio mayor impulso a esta renovación eclesial liberadora en toda la Iglesia latinoamericana.

Se trataba de un alto en el camino. Un encuentro de acción de gracias y de reflexión por lo vivido en estos 25



años en cercanía y sintonía con el clamor de nuestro pueblo despojado. No había pretensión alguna ni deseo prefijado de sacar documentos. Cada país narró lo que ha vivido en los últimos años. Al oírnos unos a otros vimos que alentaba el mismo Espíritu como consagrados a Dios, junto a nuestros respectivos países desde Chile hasta Haití. Y en la marcha de la reunión se acordó poner por escrito esta experiencia y comunicarla fraternalmente a nuestros miles de hermanos. Así se hizo en una breve comunicación titulada COMUNION E INSERCION. Allí se dice que

"al comunicarnos estas impresiones comenzó a brotar en nosotros un gozo interior que tenía todas las características de la auténtica experiencia de Dios. Percibíamos la acción del Espíritu en la vida religiosa latinoamericana a la que estaba conduciendo hacia un compromiso cada vez más claro y sereno con los pobres de la tierra. Aquella opción por los pobres que hizo el episcopado latinoamericano en Puebla en nombre de toda la Iglesia del continente, se está realizando de un modo inspirador en la inserción de muchos religiosos en ambientes populares. Y hemos sentido que esta inserción está influyendo grandemente en la renovación de nuestra vida consagrada al hacernos recuperar valores evangélicos tal vez olvidados..." (Ver el documento completo en SIC No. 466).

"Pero la inserción no se queda en lo material de la vida; estos religiosos buscan también estar al lado de los pobres en la defensa de sus derechos elementales de trabajo, salud; alimento, en su lucha contra la opresión y la injusticia; procuran inculturarse apreciando los valores del pueblo, sus costumbres, folclore, religiosidad. Y, por encima de todo, pretenden ayudar a la construcción del Reino de Dios con su vida de oración, su espíritu de servicio, su amor fraterno, la comunicación de la Palabra".

Este es un camino no exclusivo para aquellos que directamente pueden convivir y acompañar a esa inmensa población despojada y empobrecida.

"Hay otros muchos religiosos en

América Latina que, sin estar insertos en medios populares, tienen su "lugar social" entre los pobres. Son los que han asumido como propia la causa de los pobres. Tal vez trabajan en un colegio o en una parroquia urbana, pero son en todo momento la voz de los sin voz, son los que desde su cátedra intentan hacer de sus discípulos cristianos comprometidos con la justicia. O es el Provincial que planifica el apostolado orientándolo hacia los marginados. O los que mantienen sólo aquellas obras tradicionales que favorecen los intereses de los pobres. Aquí hay que citar a un gran número de Institutos Religiosos que en sus capítulos generales o provinciales han hecho la opción por los pobres y todas sus fundaciones posteriores han sido en los sectores populares más abandonados".

El camino postconciliar emprendido hace 18 años está empedrado de dificultades intrínsecas a la tarea misma, otras debidas a la falta de preparación y de experiencia y muchas a numerosos obstáculos puestos por ataques exteriores. La comunicación que señalamos los reconoce. Afortunadamente hoy tenemos más experiencia, más firmeza y más apoyo en las opciones que la Iglesia y cada congregación ha ido haciendo. Y sobre todo más experiencia espiritual en ese caminar.

"Nos potencian, sobre todo, los hermanos en la fe: contamos con el testimonio de obispos que influyen no sólo en sus diócesis, sino en la Iglesia de toda América Latina; contamos con el testimonio de los religiosos insertos ya en medios populares y con el de las Comunidades Eclesiales de Base. Muy en especial, contamos con el de nuestros "testigos", los que han muerto por la causa de los pobres".

Hoy, al celebrar los 25 años de la CLAR, la Santa Sede que la creó, el CELAM que pidió su constitución y el pueblo cristiano que deseaba una vida religiosa más pobre, evangélica e identificada con los sufrimientos y alegrías que él vive, pueden apreciar que se ha recorrido un camino fecundo y que se abren crecientes perspectivas hacia el futuro. Quienes han dado la vida y enfrentado la incompreensión en este largo y delicado proceso pueden mirar con alegría el fruto de ese trabajo.

La Vida Religiosa no se opone "a la marcha de la civilización" pero sí a la marcha de la barbarie que niega la vida humana a las mayorías de nuestro pueblo. Ella no puede más que intentar ser signo radical de la "civilización del amor". Como el Maestro.